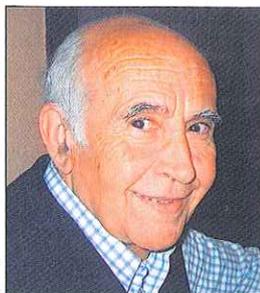


José Joaquín Iriarte  
Periodista

## «Don Álvaro o la fuerza del sino»



Un personaje de la Iglesia, madrileño de nacimiento, que jugó un gran papel en el Concilio Vaticano II, va a ser declarado beato por el Papa Francisco: el venerable **Álvaro del Portillo**. Fidelísimo colaborador de **San Josemaría Escrivá**, son pocas las fotos en la vida de este santo en las que no se le vea junto a Don Álvaro. Porque en lo sustancial eran dos «almas gemelas» que expresaban con sus caracteres una nota distintiva del Opus Dei: unidad en lo fundamental, pluralidad en lo opinable.

Así como el fundador tenía una dicción clara y atractiva, con acento aragonés del que nunca se desprendió, su sucesor al frente del Opus Dei tenía una mentalidad más «técnica» por su condición de Ingeniero de Caminos y en la oratoria hablaba con un cierto atropello, con un leve desfase entre el pensamiento (más veloz) y la palabra. De talento natural, cursó los estudios de ingeniería en Madrid y, ya en Roma, se doctoró en varias disciplinas eclesiológicas.

En mis años de bachiller, cuando oía el nombre de este sacerdote que va a engrosar el catálogo de los beatos, me ocurría un fenómeno frecuente en la asociación de ideas: vincular el nombre con otra cosa, lo cual sirve también como regla nemotécnica. Oía hablar de Don Álvaro y mentalmente añadía la coletilla «...o la fuerza del sino». La ver-

dad es que no había ninguna semejanza entre don Álvaro del Portillo y la obra *Don Álvaro o la fuerza del sino*, un dramón romántico del siglo XIX del **Duque de Rivas**. Quizá, por buscar algo en común, el protagonista de la comedia y Don Álvaro tenían un cierto espíritu aventurero. El de Don Álvaro, a lo divino. Todo se lo jugó a una sola carta: la de Dios. Y por Dios, a la Iglesia y por la Iglesia, al Opus Dei.



### Se lo jugó todo a una sola carta: la carta de Dios

Hay, sin embargo, un aspecto antitético entre el drama del duque de Rivas y la figura de Álvaro del Portillo: la comedia rezuma un aire fatalista y la vida de Don Álvaro era un canto al optimismo.

Me recibió un par de veces, siendo obispo prelado del Opus Dei, y guardo un gratisimo recuerdo de ambos encuentros. A finales de enero del 79, cuando en Roma los corresponsales nos preparábamos para cubrir la información del primer viaje de **Juan Pablo II** a México, le pedí una entrevista no

profesional. De aquel encuentro conservo tres recuerdos imborrables: la afabilidad del sacerdote, la confianza en su interlocutor (no se mordía la lengua icon un periodista!) y su buen humor. A la bienaventuranza en el cielo ayuda que en la tierra se haya sido bienhumorado.

Yo andaba ya por aquellas fechas escaso de pelo. Era lo que se decía un «Beatle descapotable». Y al despedirme, me arrodillé y él me signó con la señal de la cruz en la cabeza. Y comentó al ver una calva algo más que incipiente: «Así da gusto, aquí hay espacio».

A su muerte acudieron numerosos dignatarios de la Iglesia a testimoniar su pesar por el fallecimiento de aquel hombre conocido y querido por la jerarquía. Entre ellos, el número uno, el Papa Juan Pablo II en cuyo pontificado se sucedieron dos hitos definitivos en la historia de la Obra: su erección como prelatura personal, que fue un paso decisivo en el iter jurídico de la institución, y la beatificación y posterior canonización del fundador.

La foto de Juan Pablo II y Don Álvaro del Portillo de su abrazo en la Plaza de San Pedro, es testimonio gráfico de un afecto que hundía sus raíces más allá de las simpatías recíprocas, sino en la coincidencia de una vida de entrega a Dios y a los hombres.

No se conoce cuando escribo estas líneas la fecha y el lugar de la beatificación. Puede ser en Roma (donde ejerció el ministerio y murió: será lo más probable) o en Madrid (donde nació). Da lo mismo: fue un romano que amó a su patria chica y un madrileño con visión sobrenatural que no tiene límites de espacio ni de tiempo. ■